



Letralia

Revista del Departamento Letras

Lo trágico de la vejez en *La respiración cavernaria*

The tragedy of oldness in *La respiración cavernaria*

María Julia Tiraboschi

Universidad Nacional de Catamarca
Facultad de Humanidades

Páginas 20-30

Letralia. Revista del Departamento Letras.

Año 2021 | N° 5 Volumen 1

ISSN 2545-8515

Septiembre del 2021

Dirección de Publicaciones

Facultad de Humanidades

Universidad Nacional de Catamarca

Lo trágico de la vejez en *La respiración cavernaria*

María Julia Tiraboschi - judetiraboschi@gmail.com

Universidad Nacional de Catamarca - Facultad de Humanidades

TIPO DE ARTÍCULO:

Reflexiones teóricas o metodológicas sobre una temática de la especialidad.

Fecha de recepción: 15.jun.2020

Fecha de aceptación: 24.nov.2020

RESUMEN

La literatura ha brindado importantes aportes a la incógnita milenaria sobre la existencia humana. Homero, padre de los poemas épicos La Ilíada y La odisea, nos revela una característica intrínseca al ser humano: la identidad. De ella dirá que se constituye en tanto el otro nos define de algún modo. Esto significa que, cuando el otro nos perciba buenos; negativos; inteligentes; necios, etc, nos delimita. Podemos decir que la identidad es un concepto que se extiende hacia el ambiente físico y social, y nos modela de diversas maneras. Por esta idea es que nos entendemos como sujetos sociales, pertenecientes a una colectividad que nos define y nos brinda el sentido de pertenencia.

Con una perspectiva comunista Karl Marx teoriza la existencia humana partir de la productividad. Es decir, los actores/sujetos cumplen un rol beneficioso dentro de un sistema capitalista. Esta macroestructura avanza rápidamente en la vida humana, sesgando la sociedad entre quiénes sirven y quiénes no. El trabajador no es apreciado como una persona, sino que carga consigo un valor económico, que se traduce en la mano de obra que potenciará el capital. A partir de esta circunstancia cobra relevancia el pensar la vejez. Esta etapa de la vida será percibida como frágil, abatida por entes que podrían ultimarla. Las enfermedades son agentes que alteran el funcionamiento equilibrado del organismo y son más frecuentes a medida que los años se acumulan. El objetivo de este trabajo será intentar desentrañar algunos de los aspectos en el relato *La respiración cavernaria*, de la escritora Samanta Shweblin, que nos permitan advertir y reflexionar sobre lo trágico de la vejez. Ella nos hablará sobre una afección en el aparato cognitivo, que desencadenará una serie de hechos infaustos en la vida del personaje principal, Lola. Para esto, el cimiento teórico será el ensayo filosófico *La vejez* (1970), de Simone de Beauvoir. Esta autora antes mencionada presenta una reflexión existencialista acerca del paso del tiempo en cada género, vinculando su funcionamiento a las sociedades de consumo. En un primer momento nos aproximaremos a una definición de lo trágico, para luego ahondar en la narración.

ABSTRACT

Literature has provided relevant contributions to the millenary mystery about human existence. Homer, father of the epic poems Iliad and The Oddysey, reveals us a human intrinsic feature: identity. He will say that it is constituted while the other defines us in some way. This means that the fact that others perceive us as good; negative; smart; fool; etc., delimits us. We could say identity is something coming from the external and shapes us in many ways. Because of this idea we comprehend ourselves as social subjects, belonging to a community that both defines and gives us a sense of belonging.

With Karl Marx's communist gaze, human existence is conceived from productivity. In other words, actors playing a beneficial role for a capitalist system. This macro structure will

move along ruthlessly in human life, blinding society between those who are useful and those who are not. The worker is not appreciated as a person, instead, he bears an economic value, translated into the workforce that will boost the capital. Hence, thinking of getting older becomes so relevant. From this perspective, life is conceived as fragile, dejected by entities that could end it. Diseases are agents that alter the balanced function of the body. And they are more frequent as the years go by. This work goal will be an attempt to unravel some of the aspects of the story "La Respiración Cavernaria", from the author Samantha Schweblin, that will allow us to warn and reflect about the tragicness of old age. She will tell us about a cognitive apparatus affection that will unchain in a series of unlucky events in the main character's life, Lola. For this, the theoretical base will be the philosophical essay *The Coming of Age* (1970), from Simone de Beauvoir. The author will bring an existential reflection about the pass of time in each genre, relating its functionality to the consumers society. At first, we will approach an approximation of tragicness' definition, according to aristotelian tradition, and then dive into the narration.

Key words: Existencialism. Literature. Tragic. old age.

Palabras clave: Existencialismo. Literatura. Trágico. Vejez.

1. Introducción

Se entra en la vejez cuando se tiene la impresión de ocupar cada vez menos lugar en el mundo.

José Saramago

Con un pensamiento desencontrado con el mundo, Samanta Schweblin se abre camino en la literatura contemporánea buscando la manera de comunicar su mundo interior, para ello edifica un puente que le permite al lector una mejor comprensión de sus historias. Esta destacada escritora (Buenos Aires, 1978), con tan solo cuarenta años cuenta con un listado de renombrados premios, entre ellos: Primer premio del Fondo Nacional de las Artes (2001) con *El núcleo del disturbio*; Primer premio del Concurso Nacional Haroldo Conti, por el cuento *“Hacia la alegre civilización de la capital”*; Premio Juan Rulfo (2012) con el cuento *“Un hombre sin suerte”*.

Siete casas vacías (2015) incluye la *nouvelle La respiración cavernaria*, que será objeto de análisis en este trabajo. El texto relata la vida de una pareja de personas mayores que conviven embriagados en rutina y atravesados por dos duras realidades: la enfermedad de Lola y una tragedia familiar a la que iremos accediendo conforme avancemos en la lectura.

Simone de Beauvoir escritora, profesora y filósofa francesa que alzó la bandera de los derechos humanos, constituye dentro del feminismo uno de los pilares más aguerridos de la historia. Fue fundadora de una revista con una marcada impronta de izquierda: *Les Temps Modernes*, en ella generó un espacio óptimo para difundir la corriente existencialista a través de la literatura contemporánea. Posteriormente, Simone se dedicó plenamente a la escritura. Entre sus ensayos filosóficos, destacamos *La vejez, summa theologica* que comprende todo lo que pueda decirse sobre la vejez, puesto que tiene relación directa con la línea temática de este trabajo.

2. Desarrollo de la propuesta

Al abordar el ensayo de De Beauvoir sobre la vejez, anticipamos el estigma que carga la mujer ante el paso del tiempo. La inexorabilidad del tiempo deja aquello inhábil, por lo que la mujer es descartada como inútil, “...solo interesa el ser humano en la medida en que rinde. Después se lo desecha...” (De Beauvoir, 1970: 206). De esta manera, la autora dirá que la vejez es vista como *improductividad*, por cuanto las personas ya no cumplen con las aptitudes físicas y mentales que el sistema capitalista demanda. Del mismo modo, el anciano queda relegado de sus actividades, debatiendo su identidad entre el “viejo sabio” y “el viejo loco”. La autora sentenciará que los ancianos “o por su virtud, o por su abyección se sitúan por fuera de la humanidad.” (De Beauvoir, 1970: 208).

Por lo tanto, intentará que la sociedad reflexione la percepción que se tiene de esta franja etaria, arribando hacia la búsqueda de la dignidad que les corresponde como seres humanos. Hablamos, en este caso, de una denuncia hacia la cultura del descarte, una cultura que trata a los ancianos como parias. Cuando pensamos a las personas con fines utilitarios les otorgamos una vida útil que durará el tiempo que determine algún ente superior (sistema capitalista). Bien sabemos que una de las luchas más inquebrantables que existen es alumbrar la posibilidad de que un anciano acceda a una vida digna, respaldado por un Estado responsable. Pero esto no ocurre. Si nos remontamos a las diversas reglamentaciones de la ley de reforma previsional, advertimos los reajustes apretados hacia las jubilaciones. Los padecimientos que atraviesa un anciano comienzan a acumularse: que deben tener 30 años de aportes; que la edad correspondiente para jubilarse es a los 70 años; que los medios tecnológicos acaparan cada vez más los espacios, y las diligencias se realizan vía online; que con los años son considerados inaptos, por lo que las decisiones importantes son

tomadas por alguien más; que son motivo de desdén, humillaciones y persuasión para quitarles dinero; y todo esto solo para ilustrar algunos de esos padecimientos. La industria farmacéutica cumple un rol protagonista en esta historia, dado que no todos los jubilados pueden acceder fácilmente a aquellos insumos que necesitan para su salud. Un mínimo ejemplo de ello es el eterno dilema con las prótesis y lo poco cubiertas que están por las obras sociales. En un país que apenas puede sobrevivir a una economía baleada y altamente inflacionaria, los ancianos no acceden a una vida digna. De allí que tengamos situaciones como estas:

La sometieron a análisis y exámenes, nunca le preguntaron su opinión. Se acercaban con sus planillas y sus explicaciones, falsamente solícitos, abusando de su tiempo y de su paciencia, facturando con habilidad la mayor cantidad posible de atenciones médicas. Ella sabía cómo funcionaban esas cosas, pero entonces no tenía voz ni voto, y todo dependía de él, de su ingenuidad y su obsecuencia (Schweblin, 2015:57).

Como se puede observar, el contenido de la cita nos acerca y nos encamina hacia las razones por las cuales nos resulta trágico el paso del tiempo en el contexto de una modernidad líquida, como dijo alguna vez Bauman. La vejez es un duro estigma y su contracara más concluyente son las enfermedades que la asechan desde las sombras. En el caso de Lola, ella padece alzhéimer, y lo paradójico aquí es que es lo único que no olvida. Su vida es una tragedia constante donde la lista eliminatória comprende el único soporte sólido de su vida y el suero analgésico ante la desazón:

Quería morirse, pero todas las mañanas, inevitablemente, volvía a despertarse. Lo que sí podía hacer, en cambio, era organizarlo todo en esa dirección, aminorar su propia vida, reducir su espacio hasta

eliminarlo por completo. De eso se trataba la lista, de eso y de mantenerse focalizada en lo importante. Recurría a ella cuando se dispersaba, cuando algo la alteraba o la distraía y olvidaba qué era lo que estaba haciendo. Era una lista breve:

Clasificarlo todo.
Donar lo prescindible.
Embalar lo importante.
Concentrarse en la muerte.
Si él se entromete, ignorarlo.
(Schweblin, 2015:45).

Para continuar con nuestro análisis, debemos preguntarnos en primera instancia ¿qué entendemos por trágico? La acepción más generalizada señala que es un suceso que trae consigo mismo consecuencias fatales, las cuales desembocan en un gran dolor o sufrimiento. Lo trágico de la ancianidad comienza en la pérdida paulatina de la autonomía como ser. La alienación toma partida y el sujeto pierde su esencia, no es dueño de sí mismo, ni responsable de sus actos o pensamientos. El desorden que se manifiesta a nuestro alrededor es la imposibilidad de lidiar con nosotros mismos. Lola no puede llevar el ritmo que acostumbran otras personas, tiene procesos a destiempo y, por sobretodo, le cuesta entender lo que ocurre a su alrededor. Su marido es el sostén más grande que tiene, pese a que ella desvaloriza y critica cada paso que da:

Él preparaba todo y lo hacía del modo que a Lola le gustaba. Tostadas de pan integral, dos frutas cortadas en trozos pequeños, mezclados y vueltos a dividir en una porción cada uno. En el centro de la mesa el azúcar y el queso blanco; junto a la taza de café de ella, el dulce de naranja bajo en calorías; junto al café de él, el dulce de batata y el yogur. El diario era de él, pero las secciones de salud y bienestar eran para ella y estaban dobladas junto a su servilleta, para cuando terminara de desayunar. Si ella lo miraba con el cuchillo de untar en la mano,

él le acercaba el plato con tostadas (Schweblin, 2015:46).

3. Lista de acciones vs. Lista eliminatoria

Lola quiere morir y no logra que eso ocurra, pareciera que la muerte no quiere tomar las riendas, así que lo más redituable es embalar todo lo de la casa en cajas, donar todo lo que no sea imprescindible, desligarse de lo material. Esto equivale a dos cosas: por un lado, embalsarse a sí misma, guardar en cajas pedazos de su persona, pedazos de la vida pasada y pedazos del presente; y, por otro lado, la necesidad de sentirse útil mientras está con vida. La protagonista del relato aminora su propia vida y reduce todo el espacio hasta lograr eliminarlo por completo. Ahora bien, aquel a quien debe ignorar es su esposo desde hace 57 años, alguien que para ella se volvió un total desconocido, el compañero con quien perdió un hijo y quien entiende mejor que nadie la afección psicológica que la consume. Este hombre queda relegado a un segundo lugar, puesto que para ella es solo una herramienta para lograr sus cometidos. Ya no queda amor, sino solo la costumbre de vivir. Podemos pensar, entonces, que Lola transfiere su padecimiento a otros:

- Sería bueno que hiciera una lista – le dijo una vez el médico. [...]

Le hablaban como si fuera una estúpida porque ninguno de los dos era lo suficientemente hombre para decirle que se estaba muriendo. [...] Era algo que él se merecía: con su muerte él vislumbraría lo importante que ella había sido para él, los años que ella había estado a su servicio (Schweblin, 2015:74).

Las enfermedades son agentes que se expanden en el espacio y devoran a su paso todo aquello que se inmiscuye en su camino. Alteran el funcionamiento habitual del organismo, lo cual desemboca en situaciones negativas para

el sujeto. Lola está enferma y su cerebro lentamente empeora, borrando su esencia: su identidad. Un paciente con Alzheimer pierde la capacidad más importante que tiene un ser humano, la de aprender. Lola ya no puede incorporar en su cuerpo nueva información, no puede comprender aquellos cambios que se generan a su alrededor. Para ella todo ocurre en una sintonía muy distinta a la que acostumbra. En la llegada de cada día, cuando algo sale de lo común, desata una crisis interna en la que imagina lo peor. Siente una suerte de psicosis, imagina que las personas a su alrededor están empeñadas en hacerle daño. En esta dislocación de la realidad, las acciones de Lola muestran la gravedad de la enfermedad que la aqueja. Por ejemplo, cuando advierte que su marido empieza a vincularse con el niño vecino siente la necesidad de que esa situación sea aclarada, de lo contrario deberá actuar al respecto:

Esa noche, durante la cena, esperó a que él aclarara espontáneamente la situación. Era algo nuevo y todo lo nuevo debía ser mencionado. (...) Pero él no dijo nada sobre el chico, y ella pensó en la posibilidad de que no fuera la primera vez que sucedía ese encuentro en el fondo de la casa, y esto la alarmó (Schweblin, 2015:52).

Por esto, quien padece esta demencia puede enfermar a todo un núcleo familiar, o a uno que, por lo general, es el sostén de ese individuo. Lola es un virus en la vida de los demás, un virus que devora todo a medida que avanza en el espacio. Cuando su marido muere, advierte que nadie se ocupará de ella, y que deberá por fuerza mayor tomar las riendas de su vida. Aunque la muerte sigue siendo su objetivo trascendental, es consciente de sus limitaciones tan profundas y de que el tiempo cae por su propio peso. No hay quién se ocupe de su existencia, no hay nadie que alivie su padecimiento, solo una lista que sistematiza su accionar. Por esto, la muerte es como el fruto maduro que cae naturalmente del árbol:

[...] es el límite exterior de mis posibilidades y no mi propia posibilidad. Estaré muerta para los otros, no para mí; el otro es el que es mortal en mí ser. Me sé mortal –como me sé vieja– adoptando el punto de vista de los otros sobre mí. [...] Puedo fantasear con mi ausencia, pero sigo siendo yo la que fantaseo. Mi muerte me obsede en el corazón de mis proyectos como su reverso ineluctable, pero no la realizaré nunca; no realizo mi condición de mortal (De Beauvoir, 1970:529).

Todo alrededor de Lola se vuelve descartable, prescindible. El lugar de importancia que ocupan los seres a su alrededor sólo dependerá del propósito que ella tenga con ellos. En este caso, su marido solo la ayudaba con sus limitaciones motoras y vitales. Ella es el sistema, él la mano de obra. Es menester reconocer la vejez para evitar la prestación a estereotipos sociales que imponen una debilidad inexistente y que los lleva a sumirse en el mundo hospitalario, edulcorado en fármacos que suponen darle sentido a la vida. Lola se asume fuerte, se siente en sus cabales y con poder de decisión. Pese a su progresivo deterioro cognitivo, siente que no depende de nadie más. Además, habiendo asimilado la llegada de la muerte, los sufrimientos del presente serán pasajeros.

4. Lo trágico y lo siniestro, dos caras de una misma moneda

Dentro del espectro de lo trágico deviene lo siniestro. En el año 1919, el psicoanalista Sigmund Freud escribió acerca de lo siniestro, delimitando su concepto a aquella suerte de espanto que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás:

La voz alemana «*unheimlich*» es, sin duda, el antónimo de «*heimlich*» y de «*heimisch*» (íntimo, secreto, y familiar, hogareño, doméstico),

imponiéndose en consecuencia la deducción de que lo siniestro causa espanto precisamente porque no es conocido, familiar. Pero, naturalmente, no todo lo que es nuevo e insólito es por ello espantoso, de modo que aquella relación no es reversible. Cuanto se puede afirmar es que lo novedoso se torna fácilmente espantoso y siniestro; pero sólo algunas cosas novedosas son espantosas; de ningún modo lo son todas. Es menester que a lo nuevo y desacostumbrado se agregue algo para convertirlo en siniestro. (Freud, S. 1919:30).

Ahora bien, podemos preguntarnos bajo qué condiciones las situaciones familiares pueden tornarse siniestras, espantosas. Por ejemplo, en lo inexorable del paso del tiempo, que día a día repite, casi de manera cinematográfica, el padecimiento de Lola; en la paradoja de perder progresivamente la memoria, pero no perder conciencia de la enfermedad; en el hijo muerto que reaparece como un fantasma en el cuerpo del niño vecino, que podría ser su hijo, pero no lo es:

A veces él compraba chocolatada, venía en polvo para preparar con leche, como la que tomaba su hijo antes de enfermarse. El hijo que habían tenido no había llegado a pasar la altura de las alacenas. Había muerto mucho antes. A pesar de todo lo que se puede dar y perder por un hijo, a pesar del mundo y de todo lo que hay sobre el mundo, a pesar de que ella tiró de la alacena las copas de cristal y las pisó descalza, y ensució todo hasta el baño, y del baño a la cocina, y de la cocina al baño, y así hasta que él llegó y logró calmarla. Desde entonces él compraba la caja más chica de chocolatada (...) No estaba en las listas, pero era el único producto sobre el que no hacía comentarios. Guardaba la caja en la alacena superior, detrás de la sal y las especias. Era cuando descubría que la caja que había

guardado un mes atrás ya no estaba. Nunca lo veía usar la chocolatada en polvo, en realidad, no sabía cómo terminaba acabándose, pero era un tema sobre el cual prefería no preguntar (Schweblin, 2015:48).

El conjunto de estos factores establece lo siniestro en la vida de Lola. El deterioro de su aparato cognitivo se ve expuesto en los rótulos que les dan entidad a los elementos de la casa, la memoria que ya no es suya, está desprendida de su cuerpo, y opera a través de los pedazos de papeles escritos que le permiten nombrar y comprender aquello que la rodea:

Ahora bien, el alzhéimer logra la enajenación de los sujetos, el hastío es cada vez más pronunciado; les resulta difícil sustraerse de la tentación del olvido; se hace cada vez más conflictivo vivir en el terreno de nadie que constituye el límite entre el hecho sin nombre y el reclamo de la palabra. O bien, entre el olvido y la memoria. Su enfermedad es un ciclo siniestro en el que la protagonista se ve aprisionada. La memoria es, sin dudas, el motor de la máquina, aquella que se encarga de configurar nuestra existencia dentro del cosmos, nos muestra cómo sentimos y qué repercusión tiene ello en la vida misma. A su vez, es caprichosa, porque es inteligentemente selectiva, en tanto funciona muchas veces como un mecanismo de defensa.

Sobre las canillas un cartel que decía *girar a la derecha para abrir, girar a la izquierda para cerrar*, a un lado otro cartel que decía *izquierda*, y en la otra punta otro cartel que decía *derecha*. La leche estaba afuera, sobre la cocina, el cartel de la leche decía *guardar en la heladera* (Schweblin, 2015:90).

Lola descartó al mundo de su mapa, ya no sale a la calle, y se mantiene al tanto de lo que ocurre mediante la televisión o espiando por la ventana. Otro trauma de la vejez es aquel que lleva al

individuo a retrotraerse del mundo y encerrarse en su casa. Allí está todo lo concreto, lo conocido, lo aun tangible en su memoria. La casa entendida como algo rígido, que tiene techo y sirve como cobijo, pero que a al mismo tiempo establece un límite, una estructura que encierra y que guarda en el centro lo tradicional de una familia, lo pactado hace años, con las restricciones y miedos que se heredan, pero a pesar de esto, la casa representa un espacio de confort. Lola se encuentra a salvo dentro de su casa, digita todo desde su sillón o ventana, y lo externo significa para ella peligro. Asimismo, la relación de la protagonista con su marido oscila entre lo bueno y lo malo, en tanto piensa que él solo debe responder a sus necesidades y no fallarle, además siente que se pierde de algunos detalles, que él la trata como tonta, que el mundo no la comprende. En palabras de Simone de Beauvoir:

El adulto tiraniza de una manera solapada al viejo que depende de él. [...] Toda la familia se hace cómplice. Se procede a minar la resistencia del abuelo, se lo abrumba con diferencias que lo paralizan, se lo trata con una benevolencia irónica, se le habla haciéndose el tonto e incluso cambian por detrás de él miradas cómplices, se dejan escapar palabras hirientes. Si la persuasión, la astucia, no consiguen hacerlo ceder, no se vacila en mentirle o en recurrir a la fuerza (De Beauvoir, 1970:262).

Lola, con su vejez, ha perdido el interés por la vida, esperando ferviente la llegada de la muerte como asilo en la calma. Quizá el donar todo lo prescindible, rotular y guardar cosas que a la vista disparan recuerdos, es una suerte de solución ante el desconuelo de aquellos que aún permanecen aquí. Pero la muerte exige de verdad un golpe emocional o físico no alcanza con la determinación de querer morir.

Pero algo no funcionaba: todo seguía adelante. Por qué, si sus intenciones eran tan claras, su cuerpo volvía a despertarse cada día. Era algo insólito y cruel, y Lola empezaba a temer lo peor: que la muerte requiriera un esfuerzo para el que ella ya no estaba preparada (Schweblin, 2015:54).

Lo reiterativo de las acciones le sirve a la protagonista para intentar revertir la pérdida de su memoria y mantenerse activa. Pero ¿qué es perder la memoria? Perder algo físico y también espiritual, la contracara del control. La pérdida de la memoria es también configurar la identidad desde otro lugar, constituirse como otro ser. Esta nos permite dibujar nuestra biografía, nos otorga la posibilidad de ser sujetos individuales con historias personales, delimitando un campo privado e íntimo. En esta historia intervienen sujetos próximos al yo, vinculados emocionalmente gracias al recuerdo. Habiéndose vuelto una mujer autoritaria busca incesante tener el control sobre todo lo que la rodea, control sobre las acciones de su marido, sobre la casa, sobre su respiración cavernaria:

Si caminaba a oscuras en la noche, de la cama al baño y del baño a la cama, el sonido le parecía el de un ser ancestral respirándole en la nuca. Nació en las profundidades de sus pulmones y era el resultado de una necesidad física inevitable. Para disimularlo, Lola sumaba a la exhalación un silbido nostálgico, una melodía entre amarga y resignada que había ido asentándose poco a poco en ella (Schweblin, 2015:27).

La vejez se interpone en la vivencia absoluta de las cosas, la existencia está, pero la experiencia ya no es la misma. La vejez pensada altera, disturba la conciencia de la realidad, que percibimos habitualmente como algo que tiene sentido y que tiene un orden “lógico” o de causa y efecto. Con la conciencia de la muerte, lo que creemos certero se destruye, las formas se desdibujan por el

hecho de desconocer lo que ocurre después de la vida. La muerte siempre ha sido un enigma. La existencia es motivo de estudio, pero la incógnita se presenta cuando intentamos pensar qué hay después de la muerte, si nos dirigimos hacia otro plano, si las diversas teorías son o no infalibles cuando plantean la reencarnación. Podemos pensar que Lola atraviesa un problema existencial en el que ya no se siente parte del mundo y necesita retirarse para apaciguar esos dolores internos:

La vejez es la parodia de la vida, mientras que la muerte transforma la vida en destino: en cierto modo, la conserva, dándole la dimensión absoluta. La muerte acaba con el tiempo (De Beauvoir, 1970:343).

Tanto Lola como su marido, desde dos focos diferentes de la ancianidad, tratan de sobrellevar el fallecimiento de su hijo. Por una parte, encontramos lo trágico de la vida del personaje principal, que gira en torno al olvido, y por otro, el lugar trágico en el que cae el marido de Lola, quien actúa con automaticidad, de manera rutinaria, por inercia. La solución está fuera de la casa. De esta manera, él al encontrarse con el niño logra salir de ese mundo tortuoso en el que se encontraba sumergido. Las reiteradas interacciones con el niño le sirven como analgésico ante la monotonía de sus días, ya que debe actuar bajo el juicio de su esposa con alzhéimer, condición que le genera conflictos en lo físico y en lo psicológico, por cuanto su memoria se deshilacha a medida que pasan los días, produciendo en ella rabia y mal carácter. El esposo de Lola intenta luchar contra esa memoria escurridiza y no puede, lo cual, le despierta cierta ansiedad que la hace actuar de manera autoritaria y fría. Entre los esposos parece que no queda más cariño, en su lugar está la costumbre convivir. De esta manera, para su esposo el niño es el *locus amoenus* donde descansa su hastío, donde las charlas, quizá superficiales, lo ayudan a distender un poco el estrés con el que carga:

En los días siguientes el chico llegaba con el barco plegado bajo el brazo, el barco que era de ellos. Lo abría y se sentaba, lo miraba trabajar y a veces él descansaba un poco y conversaban. Una vez él hizo como que cavaba en el estómago del chico con su pala de jardinería, y el chico se rio (Schweblin, 2015:64).

“Así que se acordó de la chocolatada, y se vio comiéndola a oscuras en la cocina, a cucharadas. ¿Había sido ella todo este tiempo? ¿Sería posible? ¿Él lo sabría? ¿Dónde estaba él? [...] Sonó otra vez, oscura y pesada dentro de ella. Era su respiración cavernaria, un gran monstruo prehistórico golpeándola dolorosamente desde el centro de su cuerpo.” (Schweblin 2015:48).

5. Conclusiones

Finalmente, concluimos en que la ancianidad en Lola la ha transformado al punto de no encontrarse en el mundo. La ancianidad y lo muerto son vistos como espectros que atentan en contra de lo tangible, contra el peso eufórico de la vida: la juventud eterna, la belleza y el intentar vivir un presente interminable. Pero el tiempo es un ente inexorable que nos modifica constantemente y contra lo que no podemos huir. Los medios de comunicación nos presentan un teatro lleno de ficción, donde las mujeres son eternamente jóvenes, donde la ancianidad es una vergüenza, donde la enfermedad es prácticamente inexistente, el imperativo es conservarnos lúcidas y productivas, o el estar activos sin fin. Así, se construye un velo que tapa la existencia ineludible de la muerte.

Callar dolores enferma el cuerpo; somatizamos todo aquello que perturba la cabeza, ¿Es posible pensar que Lola silenciaba una imperturbabilidad que la devoraba lentamente y que se manifiesta en la respiración cavernaria? Esta surge de lo más interno de su cuerpo, con un silbido intenso que la persigue en cada paso que da, como recordatorio de aquel padecimiento llamado alzhéimer; como un reloj que resta tiempo segundo a segundo, inhalación y exhalación. De este modo, podemos concluir que la respiración de Lola es uno de los síntomas de lo siniestro. La autora lo utiliza como una herramienta para generar dudas en el lector sobre si la figura que nos presenta es una persona o un autómeta, un ente bajo el velo de lo incierto:

Su respiración cavernaria es tan siniestra como la nulidad del ser ante lo que no quiere ver: el problema que mella en su cuerpo. De esta manera, la autora compara, deliberadamente, la respiración de Lola con un monstruo. Este término proviene del latín, derivado del verbo *monere*, que significa *advertir*. Por esta razón, su respiración cavernaria es, nada más y nada menos, que el aviso o la advertencia de que algo ocurre, algo que genera ruido en la cotidianidad, algo que se arrastra sin resolver. Los papeles con notas informativas, la lista de acciones, los dibujos, la soledad que socaba sus huesos, la vejez que navega rápido por su sangre, todo su mundo transmuta a una especie de caja de resonancia. De allí, emerge intensa y oscura la respiración de Lola. En definitiva, debe armar el rompecabezas de su vida para dar por finalizada la cadena de hechos siniestros que con ella remolca. Esta idea se vincula a lo expuesto por De Beauvoir, ya que señala que la ancianidad se sitúa externamente a lo humano. Lo monstruoso es un estado fuera de lo que una sociedad considera “normal”, por consiguiente, está excluido del sistema. Es por esto que la vejez en las sociedades modernas es considerada una monstruosidad, un síntoma que debe ser tratado y, en lo posible, extirpado. Así, constantemente nos encontramos con adultos que necesitan un acompañamiento psicológico que les permita sobrellevar el paso del tiempo y los inevitables cambios físicos. Si nos sumergimos en los diversos medios de comunicación, principalmente las redes sociales, podemos observar la incesante aparición de tratamientos, medicamentos

o atenuantes del envejecimiento. Las publicidades operan de manera efectiva sobre la sociedad, logrando el consumo obsesivo de estos atenuantes desde temprana edad. Las propagandas presentes en las calles de las ciudades, venden a sotavento la imagen de un adulto rejuvenecido. Simone de Beauvoir señala el cambio semántico que tuvo, a lo largo del tiempo y en las diferentes culturas, el sustantivo “viejo”. Hoy nos limitamos al uso de eufemismos:

“La vejez fue poderosa en la China jerárquica y repetitiva, en Esparta, en las oligarquías griegas, y en Roma hasta el siglo II antes de Cristo. No ha desempeñado ningún papel político en los periodos de cambio de expansión y de revolución (...) Los grandes cambios sociales han afectado la posición del viejo en la sociedad. La urbanización de la sociedad y la separación del lugar de vivir del lugar de trabajar han resultado en un cambio en la importancia del viejo en la sociedad” (De Beauvoir, 1970:259-60).

En definitiva, de percibir la vejez como un símbolo de sabiduría, de experiencia y dignidad, pasamos a denigrarla, negarla y descartarla. A propósito de esto, De Beauvoir destaca el sistema de empleo que poseían los incas. Dentro de esa comunidad, los viejos desempeñaban tareas domésticas y cuidando a los niños en las casas de los más prestantes. Tenían oficios específicos y eran respetados en la colectividad. Hay existencias que sufren la pérdida de la identidad cuando dejan de trabajar.

La época moderna llevó a la autora francesa a concluir que la vejez sólo puede ser posible en una sociedad rica o entre las clases privilegiadas. Costear la vida de un anciano es como escalar la montaña más alta. En suma, los cambios que acompañan la existencia humana, suceden cada vez más veloz. De modo que al anciano se le vuelve difícil ubicarse en el presente. Vive enajenado:

...he aprendido mucho desde los veinte años, pero de año en año me vuelvo relativamente más ignorante porque los descubrimientos se multiplican, las ciencias se enriquecen y a pesar de mis esfuerzos para mantenerme al tanto, por lo menos en ciertos sectores, el número de cosas que permanece desconocidas para mí multiplica (De Beauvoir, 1970:473).

Para finalizar, todo esto quizás sea sólo un breve relato de la diversidad de temas que condensa Schweblin a la hora de escribir. La autora juega en *Siete casas vacías*, con la semiótica, con los conflictos cotidianos de la vida ajetreada de las sociedades modernas; y deja en claro cómo repercute, considerablemente, la falta de diálogo entre las personas, particularmente en el cosmos familiar. Con un dominio absoluto de la palabra, expone el diálogo intachable entre el texto y la imagen. Utiliza un lenguaje simple, que le permite crear un clímax acabado que habilita al lector a formar parte de la ficción.

6. Referencias bibliográficas

- Bernárdez Rodal, A. (2009). *Transparencia de la vejez y sociedad del espectáculo: pensar a partir de Simone de Beauvoir*. Tesis. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense.
- Bustos, A. (2014). *Blog de Lengua. Etimología de monstruo*. Recuperado de: <https://blog.lengua-e.com/2014/etimologia-de-monstruo/>
- Freud, S (1919). *Lo Siniestro*. Obras Completas. Tomo VII, Madrid Biblioteca Nueva, 1974.
- Schwebling, S. (2015). *Siete casas vacías*. Buenos Aires. Editorial Titivillus.
- Simone de Beauvoir. (1970). *La Vieillesse*. París. Éditions Gallimard.